



F. L. CHIVITE

Lastre

Hay que hacer limpieza. Hay que tirar cosas. Tengo una amiga que siempre lo guarda todo. Entradas de cine, billetes de avión, piedras. Es de locos. Guarda cosas increíbles. Para retener el paso del tiempo, dice. Y lo hace desde que era una niña. Se lo pueden imaginar: trozos de pinturas, envoltorios de chicle, cromos que salían en el chocolate, tebeos de Pumby. Y todo así. Y luego la adolescencia, y luego la juventud. Ahora andará por los cuarenta. Tiene la casa rebosante de recuerdos por todos los lados. En fin. Además, no guarda las cosas por si fuera a necesitarlas en el futuro, claro, como quien guarda un trozo de cuerda, o una vela pensando que en un momento dado pueden venirle bien. Nada de eso. No hay ni pizca de visión utilitaria en su actitud. De hecho, desde un punto de vista estrictamente pragmático, podríamos decir que la totalidad de las cosas que guarda son absolutamente inservibles. O sea, que las guarda porque le gustan. Porque le parecen importantes. Es una cuestión sentimental, ya saben a lo que me refiero. Eso que parece que no es nada y que al final lo es todo: esa quinta o sexta dimensión de la realidad que tiene que ver con las emociones que nos producen las cosas que nos pasan y que cada vez está resultando más difícil de entender, más compleja y más problemática en todos los sentidos. Le digo: hay que tirar cosas, la vida es tirar. Dejar atrás. Pero en el fondo supongo me lo estoy diciendo a mí mismo, porque yo también soy bastante así. Lo admito. Aunque antes lo era más. Recuerdo cuando nos cambiamos de casa. Hubo que abrir cajones, vaciar armarios. Todos esos chismes de variada naturaleza que se acumulan en las estanterías o en cualquier parte. Por todos los lados aparecían fragmentos de recuerdos antiguos. Restos descoloridos y ridículos pero a la vez cargados de un desasosogante y hasta desagradable poder de evocación. Pensé: estamos demasiado cargados de reliquias cutres. De chatarra psicológica. De porquería del alma. Hay que tirar. Tirar puede ser muy terapéutico y muy bueno. Desprenderse de ese lastre espectral. Hacer limpieza. Se lo sugiero también a López: vaciar los cajones, abrir las ventanas. Aire. A él y a los demás, claro. Desde el año de la mudanza tomé la decisión de hacer limpieza al final de cada curso. Por San Juan. A la hoguera. Todos los años lleno tres o cuatro papeleras. Con alegría. Y hasta ahora nunca me he arrepentido, créanme.

■ f.chivite@diario-elcorreo.com

Crisis: tres en uno

JOAQUÍN ARRIOLA PROFESOR DE ECONOMÍA POLÍTICA DE LA UPV-EHU Y MIEMBRO DE BAKEAZ

Los principales problemas de la economía española se pueden resumir en tres déficit estructurales: un déficit comercial que es el más elevado del mundo desarrollado; un déficit de servicios sociales que coloca a España en el pelotón de la semiperiferia europea, junto a Rumanía, Bulgaria, Lituania y similares; y un déficit de empleos que se traduce en las tasas de paro más elevadas de la Unión Europea.

Ninguno de estos problemas deriva ni del cierre de la financiación internacional del endeudamiento de familias y empresas, ni del estallido de la burbuja especulativa de la construcción. Por tanto, no es con los 150.000 millones de euros destinados a avalar y rescatar bancos y cajas de ahorros ni mediante los 11.000 millones para obras públicas municipales como se van a resolver los males de la economía española. Tampoco, por supuesto, aplicando las recetas neoliberales consistentes en debilitar la protección de los trabajadores frente al despido, reducir las pensiones de los que se jubilan y disminuir los ingresos fiscales.

En estos momentos, el sector privado se muestra incapaz de generar empleo, y a los empresarios desde la patronal, y a sus coadjutores desde la academia, sólo les preocupa, ante

una demanda en retroceso, abaratar el despido y las contrataciones, y reducir el salario indirecto para intentar mantener su tasa de ganancias a costa de los salarios.

Sólo la actuación del sector público puede ser eficaz ante el marasmo en que ha sumido a los mercados el 'laissez faire' practicado durante años en materia de finanzas y edificación. Pero no cualquier intervención es válida en las actuales circunstancias. Se precisa sobre todo de actuaciones que afronten directamente los tres desequilibrios señalados al principio.

Y siendo cierto que la mejor política pública de empleo es una política de empleo público, es mediante el desarrollo de las políticas de protección social como se puede contribuir a resolver, en una sola actuación, la gran cuestión de la economía española: ¿Cómo aumentar a corto plazo el empleo y el consumo, sin deteriorar la balanza de pagos –ni, por supuesto, el déficit fiscal–?

Acaso sea necesario recordar desde Euzkadi que en las sucesivas recesiones soportadas en la primera mitad de los 80, o en los años 1992-94, esta comunidad autónoma se comportó mejor, o menos mal que el resto, precisamente por el mayor peso de la Administra-

ción tanto en términos de empleo como de demanda agregada. Y la autonomía fiscal, con una mejor supervisión de la evasión fiscal y el fraude (aunque todavía lejos del óptimo), hizo viable esa política que, a la postre, fue también una política de empleo, aunque nunca se planteara como tal.

En la presente coyuntura, actuar para mejorar el excedente bruto empresarial por la vía de la reducción de los costes salariales es un error, porque el efecto negativo sobre el consumo será doble: ya que los empresarios no están por la labor de aumentar las inversiones, los mayores ingresos sólo irán al ahorro –es decir, al colchón del empresario o al del banquero, que tampoco quiere dar créditos– o al consumo empresarial. Y dado que los propietarios tienen una tendencia mucho mayor a consumir productos importados que los asalariados, el déficit por cuenta corriente seguirá tan campante.

Por el contrario, una política de mejora de la recaudación fiscal, y destinar los ingresos fiscales a la creación de empleo en servicios sociales y en otros déficits estructurales como la sanidad y sobre todo la educación, mejorará el empleo, el bienestar general de la población y la productividad de la economía espa-

La religión contra la política en Irán

JUANJO SÁNCHEZ ARRESEIGOR HISTORIADOR. ESPECIALISTA EN EL MUNDO ÁRABE

Para comprender lo que está sucediendo en Irán es preciso entender la estructura de su sociedad, mucho más moderna de lo que muchos piensan, y la peculiar naturaleza de su sistema de gobierno, verdaderamente único en el mundo.

Bajo el sha, Irán era un ejemplo perfecto de falsa modernización autocrática: modernización material bajo un gobierno despótico casi medieval. Peor todavía: gran parte de su modernización era apenas un vulgar decorado. Por ejemplo: el ejército disponía de las armas más modernas, pero no de tropas instruidas en su manejo, talleres y arsenales para el mantenimiento ni hangares donde guardar los tanques y los aviones. No es sorprendente que, al llegar la revolución, ese ejército de cartón piedra no le sirviese de nada al sha. Fue la sociedad civil, no el clero, la que desencadenó la revolución de 1979. Pero el clero tomó rápidamente el control del movimiento gracias a su organización y el prestigio personal de Jomeini como adversario del sha. Así fue como la revolución de 1979 se convirtió en 'islámica'.

Jomeini instauró una dictadura tan antímoderna y represiva como la del sha, sólo que mucho más eficaz e implacable. Ahora bien, lo que Jomeini hizo fue algo sin precedentes en los 14 siglos de historia del Islam. Nunca antes los religiosos habían ejercido directamente el poder. Hay una razón para esto: en el Islam, el estamento religioso no posee la organización jerárquica de algunas iglesias cristianas. Por lo tanto, en el Islam suní no existe ni puede existir una figura como la del Papa católico, el patriarca ortodoxo o el arzobispo de Canterbury anglicano. Los califas fueron siempre gober-

nantes civiles sin autoridad religiosa. No existía una iglesia islámica cuyo líder supremo pudiera rivalizar con los califas por el poder terrenal, tal y como los papas medievales se enfrentaron a los emperadores germánicos de la dinastía Hohenstaufen.

En el Islam chií, que nació como partido político antisistema antes de ser un cisma religioso, existía un líder supremo hereditario llamado imán, pero los chiíes estuvieron siempre apartados del poder y divididos internamente. Cuando el duodécimo imán murió sin descendencia, sus fieles dijeron que había desaparecido de forma misteriosa y regresaría algún día, como el rey Arturo o don Sebastián de Portugal. A partir de entonces, en el chiísmo duodecimano los clérigos no podían aspirar al poder político porque ello implicaría usurpar el lugar del imán oculto.

Jomeini tiró por la borda esta tradición porque comprendió que la modernización social de Irán estaba teniendo lugar a pesar del mal gobierno del sha, que fue un factor decisivo en el desencadenamiento de la revolución. El clero sólo podría detener el avance hacia el laicismo tomando el poder. Para justificar su dictadura, Jomeini afirmó que el gobierno debe ser ejercido por el jurista islámico más experto, el 'velayat al faqih'. La vieja noción fascista del caudillaje del individuo excepcional, superior a la plebe, a la que sólo le queda obedecer.

Cuando Jomeini murió, la oligarquía clerical quiso evitar una nueva dictadura individual repartiendo el poder. Jomeini fue sustituido por un 'guía supremo', Alí Jamenéi, con atribuciones reducidas y acompañado de un presidente elegido, un parlamento también ele-

gido, una asamblea de clérigos expertos y un consejo de arbitraje para mediar entre las diferentes instituciones. Sin embargo, la democracia iraní es una farsa. Es como si en la época de Franco hubiera existido una democracia restringida a los partidarios del régimen, compitiendo electoralmente los falangistas, los católicos, los tecnócratas, los monárquicos y los carlistas, contando siempre con permiso expreso del régimen para cada candidatura y con pucherazo sistemático en el recuento para que no pudiese ganar alguien demasiado de izquierdas como, por ejemplo, Manuel Fraga.

El problema para los ayatolá es que el pueblo se tomó en serio el sistema democrático y escogió como presidente a un clérigo reformista, Mohamed Jatamí. Entonces, el régimen aplicó un estricto pucherazo para alzar a la presidencia a Mahmud Ahmadineyad, hombre de paja de Alí Jamenéi. Sin embargo, la sociedad iraní ha seguido evolucionado, alejándose cada vez más de los modelos religiosos tradicionales. Por este motivo, la reelección de Ahmadineyad ha requerido un fraude todavía más descarado. Las papeletas contabilizadas superan holgadamente el total de la población y, por si eso fuera poco, en una demostración apabullante de eficacia, la televisión oficial anunció los resultados definitivos con un 100% del voto ya escrutado... ¡cuando todavía no habían cerrado los colegios electorales y los electores seguían votando! No es de extrañar que las masas se indignasen y se echasen a la calle.

Según la costumbre chií, a los 40 días de un fallecimiento se celebran ceremonias en honor del difunto. En 1979 estas ceremonias eran la excusa para nuevas manifestaciones, reprimidas por las autoridades, lo que implicó nuevas víctimas y nuevas olas de protestas cada vez más amplias cada 40 días hasta la caída definitiva del sha. ¿Puede suceder lo mismo 30 años después? Si en unas semanas las masas se echan de nuevo a la calle para conmemorar a las víctimas del actual alzamiento, el régimen estará condenado. De lo contrario aguantará algunos años más, pero como un edificio sin cimientos, expuesto siempre a que la menor sacudida lo haga caer.

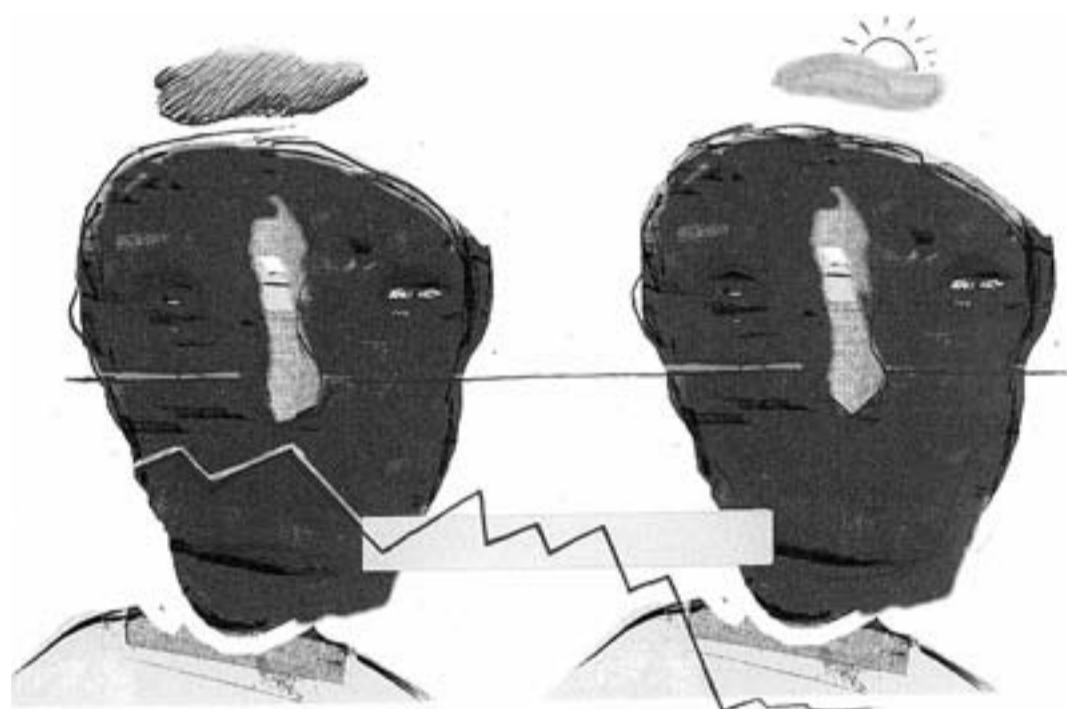
ñola. Situarnos con un nivel de servicios sociales proporcional a la media de la Eurozona requeriría crear no menos de 1,2 millones de empleos en servicios sociales y otros 300.000 en sanidad y educación. Esos nuevos empleos activarían en gran medida la demanda. Y como los salarios en el sector de servicios sociales no son especialmente elevados, ni la inversión en la generación de esos empleos ni los salarios de esos nuevos trabajadores repercutirían negativamente en la balanza comercial.

Por lo tanto, dos cambios de rumbo de gran calado: por la vía de los ingresos, abandonar la tendencia actual al excesivo endeudamiento y acudir a una política fiscal más activa. Es intolerable desde una perspectiva democrática que la recaudación fiscal haya caído hasta un 25% en algunas comunidades autónomas, cuando la economía no se ha reducido más de un 5%. Si las haciendas no actúan contra la tendencia a sumergir actividades productivas, se afianzará el modelo tercermundista de la economía informal. Pero también reforma fiscal: no se entiende, por ejemplo, por qué la progresividad del impuesto de la renta se detiene en

los 62.000 euros anuales, cuando son varios cientos de miles los contribuyentes cuyos ingresos superan esa cifra tres o cuatro veces.

Y por la vía del gasto, pasar de intentar crear empleo mediante la reanimación del endeudamiento doméstico de familias y empresas, o por medio de la generación de empleos de coyuntura en obras públicas, y acometer de una vez la modernización del sector público, que significa fundamentalmente una expansión de su presencia en la actividad económica, con un liderazgo claro en la mejora de la protección y el bienestar de los ciudadanos. La gran incógnita es si hay espacio en la política española para Robin Hood o sólo les está permitido jugar a quienes asumen el papel del sheriff de Nottingham. O, en términos menos épicos, si existe hoy en España un equivalente a Franklin D. Roosevelt, o estaremos condenados a tener que elegir entre un remedo de Herbert C. Hoover (el presidente que creía que la crisis del 29 era pasajera) y otro de Calvin Coolidge (el presidente de la reducción del Estado y de los impuestos en puertos de la crisis mundial).

opinión@bakeaz.org



JOSÉ IBARROLA



FÉLIX MADERO

El sueño eterno

Reparo en la novela de Raymond Chandler y me lleva a la actualidad española. Es la consecuencia de pensar mucho en lo que deseo para mi país la que me instala en la eternidad del sueño. La vida, la política tan escasa y previsible, la dirige gente como nosotros, seres ordinarios y menesterosos. No hay un director de cine como Howard Hawks colocando en la pantalla aquí un Humphrey Bogart, aquí una Lauren Bacall y más allá a Martha Vickers. Sólo pasa en el cine, y Aute dice que los sueños cine son.

Libro y película son dos portentos de la creación. Destaca la figura del detective Philip Marlowe, un tipo duro y con humor asomado a las alcantarillas de una sociedad espléndida dirigida por hombres con rostro de sepulturero.

En estas estaba cuando me preguntaba por lo que haría Marlowe aquí. La película, como la vida, sigue siendo ininteligible por densa y articulada. Hawks se cuida en abrir y cerrar las escenas con Bogart, de tal forma que el espectador sólo sepa lo que Bogart quiere que sepa. Un truco divertido y elemental que pasa inadvertido entre nosotros. Zapatero trabaja así. Abre y cierra las escenas del embrollo nacional. Y si no las cierra él, el hilo argumental no tiene relevancia. No hay un plano que pase de Zapatero a Rajoy, de Rajoy a Duran i Lleida

y de éste a Erkoreka. Que caminen en una misma dirección no deja de ser más que eso, el sueño eterno de un país anestesiado.

Y, sin embargo, dos dirigentes hace unos meses menores acaban de rodar la gran película. En un mundo de insatisfacciones de todo tipo, donde hablamos de los brotes verdes como si fueran cuadros de Tiziano en El Prado, Patxi López y Antonio Basagoiti dictan un gran discurso: se puede tener adversarios, pero no enemigos; se puede decir lo que está bien hecho. Y se puede decir la verdad. López en Madrid: mi partido y el de Rajoy deben entenderse. Y aunque él no lo afirma yo lo interpreto así: ¡Basta ya, no se puede hacer política despreciando al otro! ¡No ven lo que pasa en el País Vasco!

Esta misma semana, con el cuerpo caliente de Eduardo Puelles, Basagoiti decía en Punto Radio que López lo estaba haciendo bien y que así lo reconocía sabiendo que tendrá que disputarle unas elecciones. Le escuchaba y noté que empezaba a despertar del sueño eterno. Y me acorde del libro de Chandler.

Desde eso que algunos llaman la periferia, ese lugar en que tanto se discute el alma de España, llegan clases a distancia de cómo gobernarla. Qué paradoja. Dudo mucho que terminen entendiéndolo.

CARTAS AL DIRECTOR

Las cartas no deberán superar las quince líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, dirección y número de teléfono del remitente. EL CORREO se reserva el derecho a extractarlas.

Dirección de correo electrónico: cartas.ec@diario-elcorreo.es

Curro Romero y ETA

Recuerdo que, hace algunos años, estando de vacaciones en Cádiz supe que se celebraba una corrida de toros en la plaza de El Puerto de Santa María. Acudimos. En el cartel, Curro Romero. Se llenó la plaza. Entre los asistentes, un grupo de sevillanos fieles seguidores del diestro y que se identificaban con una ramita de romero prendida de las solapas. Asimismo era patente la presencia de un nutrido grupo de veraneantes. Como solía ser usual, la actual del 'Faraón de Camas' fue frustrante. Hubo pitos, abucheos y otro tipo de insultos encabezado por sus supuestamente más fieles seguidores. Cuando un grupo de defraudados seguidores no incluidos entre los 'curristas' se permitió elevar el nivel de su protesta, los 'curristas' les increparon como para dejar constancia de que la medida de la protesta la marcaban ellos.

El recuerdo ha vuelto a mi mente por los sucesos de los últimos días. Ha sido asesinado (y me ahorro lo de 'vilmente' porque toda muerte motivada por la estricta voluntad de alguien es vil) un ciudadano por una banda de criminales. La ciudadanía, encabezada en esta ocasión por alguien ajeno a su 'afición', ha protestado con una claridad y energía a las que no estábamos acostumbrados. Pues bien, les ha faltado tiempo a los 'curristas' de aquí para salir a matizar esas protestas tratando de acotar su alcance, el modo, el tiempo y todo lo que sea necesario para que la protesta quede en el ámbito, la proporción y con los matices precisos para no salirse de las normas que ellos mismos han impuesto.

Alberto Blanco del Pueyo
Vitoria-Gasteiz

25 minutos

25 minutos... para salir de Vitoria. Eso es lo que tardé este martes en llegar desde la Diputación a la autovía de Bilbao. Tres veces más que hace unos meses. Por tanto, tres veces más de consumo de gasolina, de contaminación, de tiempo perdido y, quizás, tres veces más de an-

siolíticos. No es por las obras sino por la chapucera reestructuración del tráfico que está improvisando el Ayuntamiento. Y eso que todavía no ha llegado lo peor: cuando el tranvía duplique su frecuencia de paso por el centro. ¿Esto es movilidad? ¿Esto es sostenibilidad? Rectificar es de sabios, señores.

Enrique Javier García
Vitoria-Gasteiz

Nunca lo diría

En una entrevista no puedo pedir que se recoja lo que a mi juicio es más interesante; corresponde al criterio de la periodista. Pero sí puedo pedir que se corrijan afirmaciones que no se realizaron. Expresiones que se recogen en el reportaje del pasado domingo titulado 'Osakidetza gastó 24 millones la última legislatura para que sanitarios estudiaran euskera' y que no sólo no comparto, sino que he rechazado constantemente durante mi actividad parlamentaria.

Yo no he dicho, ni diría, que «lamento que partidos como el PP relacionen el deterioro de la calidad asistencial con la exigencia del perfil lingüístico», porque no es cierto que la calidad asistencial sufra deterioro. Por eso, hablo siempre de supuesto deterioro. La omisión de la palabra 'supuesto' cambia radicalmente mis declaraciones.

Yo no he dicho, ni diría jamás, que «un profesional no es mejor ni peor por saber euskera». No comparto esta afirmación porque la comunicación es fundamental entre personal sanitario y paciente y/o familiar; por lo cual el profesional euskaldun estará siempre mejor capacitado. Lo que sí quise denunciar fue el prejuicio discriminatorio del PP que identifica saber euskera con estar menos capacitado profesionalmente. Cualquiera que lea mis intervenciones en el Parlamento vasco verá mi coherencia con lo expuesto en esta carta.

Eider Mendoza Larrañaga
Bilbao

ACLARACIÓN

Javier Madrazo imparte clases en el Instituto Txurdinaga-Artabe y no en Gabriel Aresti.

ANTÓN

